

LA SITUACION SOCIAL EN LATINOAMERICA

ALGUNOS DATOS

Al lector que esté poco familiarizado con la situación actual del Continente latinoamericano, le ofrecemos aquí algunos datos que le ayuden a contrastar lo que se dice en otros artículos de este número de "ECA". Resumimos con este fin el interesante escrito de Enrique Luis García, que encabeza el libro "América Latina: Revolución y Evolución", de Frank Tannenbaum.¹

Acaso una lectura reflexiva de este escrito le lleve a la conclusión de que no exageran los que consideran que nos hallamos ante una situación tan tensa que puede desembocar en algo muy grave el día en que menos se piense.

LA EXPLOSION DEMOGRAFICA.

Para acercarse a ese universo problemático que es América Latina acaso sea preciso comenzar, como Pero Grullo, por ratificar un hecho inmenso: su crecimiento demográfico.

En efecto, la región —en términos internacionales aceptados por la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas, CEPAL, se denomina "región" a ese conjunto de pueblos de lengua española y portuguesa— tiene un crecimiento demográfico que se estima en el 2,8 por 100 anual.

Esto significa que hay muchas naciones en las cuales la tasa anual de la población crece o se incrementa por encima del 3 por 100. Existen casos, como Venezuela, donde el incremento se sitúa en un 3,6 por 100; en México es del 3,3 por 100, en Brasil del 3,1 por 100. Hay que añadir que en algunas zonas centro-americanas se superan, inclusive, esos promedios. La magnitud de tales cifras ha posibilitado —aun contando con el movimiento inmigratorio en algunos países— una verdadera explosión demográfica:

1.—Ediciones CID, Madrid, 1966.

POBLACION DE AMERICA LATINA (En millones de habitantes)

Año 1900	63
Año 1940	131
Año 1960	202
Año 1964	235

Algunos países del Tercer Mundo ofrecen, cierto, una imagen demográfica parecida, pero no suelen poseer un marco geográfico y humano tan extenso; es decir, una dimensión regional y continuada del carácter que posee América Latina.

TASA DEMOGRAFICA DE ALGUNAS REGIONES Y PAISES (% de crecimiento anual)

Egipto	2,7
Argelia	2,6
Marruecos	2,6
Estados Unidos	1,8
Europa Occidental	0,8
Inglaterra	0,6

El incremento de los pueblos europeos en su conjunto —desde el 0,6% de Inglaterra al 1,4% de Holanda pasando por España, que

se queda a medio camino de las dos— es infinitamente bajo si se le compara con México o Venezuela, pero con la salvedad de que su renta por habitante y el cuadro industrial de su desarrollo es mucho mayor que el del conjunto iberoamericano. Un aumento, por lo tanto, del producto nacional bruto de 5% —que es un promedio considerable, si se sostiene— representa, para los europeos, un incremento superior al 4% en orden a su renta por habitante. Sin embargo, ese mismo salto del producto nacional bruto no representaría, "per cápita", nada más que el 1,7% en México, esto es, descontada la tasa demográfica.

América Latina es, por lo tanto, un mundo de juventudes. Esto implica que el 40% de la población tiene menos de veinte años. En un país latinoamericano, un reciente censo proporcionaba este testimonio: el 61,4% de los habitantes contaba menos de veinticinco años.

Ese universo juvenil vive en un cuadro social profundamente desequilibrado y que podría resumirse así: América Latina posee una información —pese a las zonas de analfabetismo— muy superior a su estructura económica. Aquella se instala en el marco de una dialéctica de la libertad y esta última se orienta en suma, en el cuadro de una organización de monocultivo o de dependencia a unos pocos productos básicos cuyas fuentes, inmovilistas, se encuentran bajo el control de una minoría nacional emparentada, en muchos casos, con el capital internacional, extractivo, petrolero o de cultivos especiales.

Esa masa juvenil, que se mueve en un mundo estimulado por la impaciencia y la presión psicológica de una revolución de expectativas, determina la agitación, la tensión, la crisis creciente entre el pasado oligárgico y la esperanza en lo que llama Josué de Castro la "emancipación". Sin ese torrente juvenil la situación sería, quizá, muy distinta.

Una simple ojeada a la evolución demográfica de algunos países claves revelará la importancia enorme del dilema:

NACION	Habitantes en 1950	Habitantes en 1964
Brasil	51.976.000	78.809.000
México ...	25.826.000	30.643.000
Venezuela.	4.974.000	8.427.000
Perú	8.521.000	11.357.000
Chile	6.073.000	8.369.000
Colombia ,	11.334.000	16.400.000

El caso de Argentina y de Uruguay —este último posee el índice demográfico más reducido de la región— no es equiparable. Argentina cuenta con una tasa media anual oscilante, pero puede establecerse, últimamente, en el 1,6%. Aún así, el país, que contaba con poco más de 17 millones en 1950, se encuentra ya en los 22.

LA ESTRUCTURA ECONOMICO-SOCIAL Y EL INGRESO POR HABITANTE.

En 1950, se estimaba que el 57,9% de la población latinoamericana trabajaba en la agricultura y que producía el 25% del Producto Nacional Bruto (P. N. B.).

Esa radiografía apenas ha cambiado. La parte industrial del P. N. B. adquiere, por momentos, mayor fuerza, pero inclusive en las naciones de alta tasa de crecimiento económico —como México— el problema agrario subsiste en virtud de la impresionante expansión de la población. De ahí que México, por seguir este ejemplo, mantenga todavía en la agricultura a la mitad de su población activa. Y ello, sin duda, pese a la rápida diversificación de sus producciones. De ahí la obsesionante dimensión que toman las palabras justicia, reforma, revolución y población en el Tercer Mundo.

A esa situación inicial se añade la desigualdad en la distribución de la renta y, por tanto, del consumo. De este último —en el sentido moderno de la economía de mercado— están separadas y arrancadas sociedades enteras. Según Raúl Prebisch, ex secretario general de la Comisión Especial de América Latina en las Naciones Unidas (actualmente es el Secretario de la Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo), la situación sería la siguiente:

Los estratos superiores de la población latinoamericana que constituyen el 5 por 100 escaso de la población abarcan las tres décimas partes del consumo personal total. En el otro extremo social, el 50 por 100 de la población apenas si consume otros dos décimos y, entre ambos grupos, los estratos medios, que abarcan alrededor del 45 por 100 de los habitantes, controlan la mitad restante del consumo personal.

En esta impresionante desproporción del consumo, y en el ingreso que transfieren al exterior para inversiones y atesoramiento, hay un dilatado potencial de ahorro que permitiría elevar intensamente el ritmo del desarrollo...

Para lograr ese desarrollo, con inversiones adecuadas, tendría que disminuirse, voluntariamente, —ese es el dilema— el consumo de las clases privilegiadas.

En efecto —dice Raúl Prebisch—, si se comprimiese el consumo de los estratos superiores en forma que no excediera de 11 veces el de los inferiores, se podría pasar de una tasa del 1 por 100 anual en la renta por habitante a una tasa del 3 por 100; y si se redujese la diferencia a 9 veces, la tasa podría subir a un 4 por 100 anual y por habitante.²

El programa de la Alianza para el Progreso —al igual que el Plan Decenal de las Naciones Unidas— consideraba imprescindible un aumento de la renta por habitante, en América Latina, del 2,5% anual. Ese incremento, como es sabido, era el mínimo indispensable, es decir, el mínimo vital.

La situación, sin embargo, ha tenido una curva muy distinta. He aquí los datos de la CEPAL sobre este grave tema:

INGRESO REAL POR HABITANTE EN AMERICA LATINA

1950 - 1955	1,7%
1955 - 1960	1,4%
1960 - 1964	1,1%

En 1964, por vez primera, se consiguió un incremento por habitante estimado en el 3%; pero en 1962, no se ganó una centésima, y en 1963, fue solamente del 0,9%. Ello quiere decir, en síntesis, que la estructura del consumo y de la desigualdad se ha mantenido sin afectarse por el medio fiscal adecuado, la comprensión del gasto en los estratos superiores. Los sistemas de planificación y reforma fiscal progresan (la presión fiscal en América Latina apenas si llega, en muchos países, al 10% del P. N. B.) y, lentamente, la situación mejora, pero la impaciencia de las juventudes, por su lado, se agrava. El problema del tiempo

2.—Algunos ejemplos pueden poner de relieve esta diferencia.

El que cada persona de ese grupo tan reducido participe quince veces más en el Producto Bruto Nacional que las personas de menores ingresos, supondría que si un niño rico gasta cada año un par de zapatos, el niño pobre habría de usar el mismo par durante quince años. Si un rico se hace un traje por año, el pobre deberá procurar que el suyo le dure quince años. Que lo que cada persona rica consume en alimentos en un día, esa misma cantidad debería repartirse entre las comidas que hace un pobre durante 15 días.

Del mismo modo, en la habitación que alberga a una sola persona rica, se deberían acomodar 15 personas pobres. Y así sucesivamente.—N. de la R.

adquiere, en consecuencia, una inmensa importancia.

Por otra parte, la dependencia de unos pocos productos básicos da testimonio —de cara al comercio exterior— de la estructura rígida y casi colonial de las producciones de la región. Esa estructura rígida está controlada, como es obvio señalar, por grupos de intereses muy reducidos, es decir, por estratos sociales resistentes a los cambios.

Para comprender esos hechos es preciso tener en cuenta lo siguiente y según la referencia del Consejo Económico Social de las Naciones Unidas:

que los productos básicos representan más del 90 por 100 de las exportaciones latinoamericanas, quedando sólo un 10 por 100 de productos con mayor grado de elaboración que, en buena parte, también constituyen productos tradicionales del comercio latinoamericano.

Por otra parte, el grueso del valor de las exportaciones se concentra en un número reducido de productos —petróleo, café, azúcar, cobre y algodón— que constituyen el 62 por 100 del valor total de las exportaciones latinoamericanas...

Ahora bien, el petróleo depende, en su mayor parte, de los capitales estadounidenses o en ellos se centra la batalla del equilibrio inestable —Venezuela—; la tensión incierta entre distintas posiciones —Argentina—; la conquista e incautación —caso de las revoluciones mexicana y cubana— o el sometimiento y conformismo. En los demás casos —azúcar, café, algodón—, la estructura de la propiedad sigue siendo colonial y, por lo tanto, de control minoritario.

ESTRUCTURA DE LA PROPIEDAD

El 1,5% de los propietarios poseen el 52% de la tierra cultivable.

Fuente: Cepal.

RESULTADO PRODUCCION DE ALIMENTOS Promedio de la guerra = 100

América Latina	95
Europa Occidental	121
América del Norte	116

Fuente: FAO. Roma, 1963.

Si el análisis se realiza sobre los cultivos fundamentales a saber, aquéllos que determinan el mayor porcentaje de las exportaciones —y por lo tanto, el renglón más considerable de los ingresos de divisas—, los resultados son más dramáticos ya que el control de la producción se centra en torno de un estrato social mínimo.

Considérese, por ejemplo, el caso del Brasil —cuya principal exportación es el café— donde el 0,1% de los propietarios dominan el 20% de la tierra cultivable mientras que el 34,5% de las explotaciones menores de 10 hectáreas no ocupan nada más que el 1,3% de la superficie. Bien entendido que ese 0,1% de las explotaciones queda referido a unidades de cultivo superiores a las 10.000 hectáreas.

Cada vez que se ha intentado destruir esa situación, las fuerzas más retrógradas de la nación han apelado a toda clase de acciones defensivas u ofensivas —desde el golpe de Estado a la destrucción del poder democrático que propugnaba la reforma agraria racional— y el mismo hecho se ha reproducido en otros paralelos.

Una estructura socioeconómica de ese tipo, aparte de constituir una injusticia manifiesta, ha determinado el inmovilismo y una productividad bajísima. Inclusive países que habían logrado un alto desarrollo agrario —como Argentina y Uruguay— se encuentran ahora sufriendo las consecuencias de una estructura agraria basada en la extensión frente a la intensidad y la reforma. La revolución forrajera en Europa, la racionalización de los cultivos, el mejoramiento de las especies han modificado, en suma, los costos. Los resultados, a escala de la competencia internacional, no han tardado en dejarse sentir. Si eso sucede en las áreas que poseían mayor desarrollo, ¿cómo no iba a ocurrir allí donde la distribución de la tierra y de la renta eran y son esencialmente injustas?

Por otra parte, esos enormes desequilibrios producen, en el interior de algunos países, verdaderas zonas coloniales con respecto a otras más desarrolladas. Los desequilibrios, además, aumentan. Así, por ejemplo, Sao Paulo, con el 18% de la población total, absorbe el 35% del producto interno mientras que el Nordeste del hambre —con el 25% de la población brasileira— apenas si participa del 10%.

Estos datos podrían reproducirse, país por país, con medidas semejantes o muy parecidas

o, si se quiere, de peor signo. No es preciso, pues, insistir sobre el perfil efectivamente revolucionario de una situación de ese tipo si, definitivamente, los estratos superiores y oligárquicos impiden el proceso de transformación estructural y no comprimen sus gastos para aumentar unas inversiones que, de no acelerarse, apenas si bastarán para sostener —y no para aumentar— el ingreso, la tasa demográfica.

Si se trata de minerales —cobre o hierro—, el problema es parecido ya que el capital exterior o bien los controla en calidad de reservas o bien sólo en procesos de angustiosa tensión —caso de Chile— ha terminado por aceptar un estatuto de asociación con el Estado. En cuanto a Cuba, parece ostensible que el azúcar y la explotación —o concesión estratégica en suspenso— minera determinaban las corrientes dialécticas que, en mayor o menor grado, aparecen soterradas o emergentes en la mayor parte de las naciones latinoamericanas.

LA CRISIS DE LOS PRECIOS EN LOS PRODUCTOS PRIMARIOS

La dependencia de unos productos básicos significa, por su revés económico, una estructura oligárquica sin evolución mayor.

Por si fuera poco, esos productos básicos están sujetos —por su propia naturaleza, escasamente evolucionada— a las fluctuaciones de los precios en el mercado internacional y, en segundo lugar, a la entrada en juego, progresivamente, de la competencia de los países africanos y de los países industriales. Aquellos, ofreciendo muchos de los productos tropicales de América Latina. Estos últimos, por su parte, lanzándose a una fabulosa tarea de sustitución de materias primas por fibras artificiales, ahorro de la cantidad por nuevos procedimientos tecnológicos, etc., que han provocado bajas muy considerables en los ingresos previstos por la región.

De ahí, en fin, que a consecuencia de las fluctuaciones de los precios —con ventaja notoria, además para los países más ricos e industriales—, América Latina ha tenido una pérdida anual, en los años "sesenta", salvo en 1964, de 1.500 a 1.650 millones de dólares anuales. Es decir, una cifra muy superior a la calculada por Kennedy como ayuda a través de la Alianza para el Progreso.

Así se demuestra una vez más, que una estructura económica reaccionaria y oligár-

quica termina por ser siempre, al final, gravemente dañosa y perjudicial para el conjunto de la nación que, dependiendo de una producción no evolucionada, termina por ser la víctima principal del proceso.

Considérese ese contexto sobre un volcán demográfico —Brasil tiene casi 2.500.000 habitantes más cada año— y se comprenderá, fácilmente, el enorme problema.

La rápida evolución del sector industrial —sobre todo allí donde el Estado posee un impulso creador y progresista— en el conjunto de la región no elimina, pues, la necesidad de unas reformas imperiosas que aceptadas en la Conferencia de Bogotá primero y posteriormente en el Plan de la Alianza para el Progreso tropieze, juntamente, con los intereses contradictorios de unas estructuras humanas y económicas que se proyectan, aún, sobre lineamientos coloniales: café, azúcar, algodón, plátanos...

EL PROBLEMA DE LA EDUCACION

Agitada la región por el sentimiento de la libertad y por una intensidad informativa muy considerable —muy superior, repito, al propio proceso económico— el ansia de saber y de transformación educativa se proyecta, casi imperativamente, sobre los gobiernos. La masa expectante es, en su núcleo más considerable, masa juvenil. De ello se deriva, ante la progresión geométrica de las poblaciones, el tremendo acicate contemporáneo en pro de la formación y preparación de los hombres.

Sin embargo, en 1960, casi siete millones de niños latinoamericanos no pudieron acudir a las escuelas —por falta de aulas y de maestros— y se estima que entonces existían 50 millones de analfabetos, esto es, uno por cada cuatro personas.

En ese mismo año se estimó que los gastos educativos —pese a su insuficiencia— representaban, sin embargo, el 2,8% del Producto Nacional Bruto de la región —excluida Cuba—, lo que suponía una cifra de 1.646 millones de dólares, es decir, casi equivalente a la de los presupuestos militares que por entonces, según el balance de Teodoro Moscoso, director en aquellos días de la Alianza para el Progreso, ascendían a no menos de 1.500 millones. En los países donde se han efectuado reformas en profundidad, la situación aparece modificada desde su raíz, puesto que México dedica el 24% del presupuesto general a la educación y el 6,5% a las Fuerzas Armadas.²

De todas las maneras, el incremento de los gastos educativos se ha elevado a una gran velocidad —el predominio de la información sobre la estructura económica— en los últimos años y en todos los países. La Comisión Especial de Educación para América Latina calculaba, en su último estudio, que en 1965 el 89% de los niños en edad escolar primaria (el 78% en 1960) estén en las aulas; que el 20% de la población en edad escolar secundaria (el 16% en 1960) se encuentran en Institutos y Liceos; que el 3,6% de la población en edad de recibir enseñanza superior (el 3,1% en 1960) se encuentre en la posibilidad de hacerlo este año.

De país a país existen grandes diferencias y, al igual que en el orden económico y social, resulta enormemente equivoco e insuficiente hablar de Iberoamérica como de un grupo homogéneo dividido, nada más, en 20 países iguales. Mejor sería hablar, al revés, de 3 ó 4 grupos distintos, es decir, en diverso grado de desarrollo social y económico y cuyos problemas, si cuentan con una morfología semejante, se separan por un abanico de diferencias considerables que obligan, por ello, a ciertos agrupamientos. Es obvio que los problemas de México —que ha repartido 50 millones de hectáreas —no son comparables a los del Brasil.

Siendo muy importante y de enormes consecuencias inmediatas el dilema educativo en que se encuentra metida América Latina, no menos verdad es que, pese a la crisis económica que ha venido agobiando a la región —téngase en cuenta los datos anteriores sobre el crecimiento del ingreso real por habitante—, la verdad es que la matrícula escolar ha crecido mucho más rápidamente que la tasa demográfica.

El aumento de la matrícula entre 1955 y 1960 se elevó en un 41 por 100 para las escuelas primarias cuyo grupo de edad, de cinco a catorce años, crecía demográficamente al 2.24 por 100. A su vez, la matrícula universitaria tuvo una expansión del 22 por 100, mientras la tasa demográfica de este grupo era del 2,03 por 100.

La presión agraria, la inestabilidad económica inciden, desfavorablemente, sobre esa vasta y positiva empresa. E influyen de diversas maneras. Primero, por la ocupación de los niños en las faenas campesinas, lo que hace aumentar los brazos pero escasamente los rendimientos; segundo, por una crisis de atención

—mala alimentación, distancias, escasa receptibilidad familiar— que favorece el absentismo escolar. En efecto, entre el inicial y el tercer año se pierde, prácticamente, a la mitad de los alumnos. De todas las maneras, el esfuerzo que se está realizando es muy considerable.

No obstante, conviene tener en cuenta, una vez más, que la estructura clasista y de privilegios, determina también crisis educativas considerables, ya que el estrato superior de una oligarquía latifundista suele estudiar en razón de prestigio que concede la educación superior, pero no como una contribución —lo que es otra forma de despilfarro de los escasos medios nacionales— al desarrollo nacional. Así se daba el caso de que en países latinoamericanos donde el 60% —e incluso el 74% en ciertas zonas centroamericanas— de la población activa está dedicada a la agricultura, hay menos de un agrónomo por cada 150.000 habitantes. En esas mismas Universidades, Derecho y Letras ocupaban la posición preferente.

También en la estructura de los estudios se están produciendo, con rápido paso a las Ciencias y a la Economía, cambios sorprendentes que evidencian modificaciones sociales de importancia.

En Cuba se ha procedido a una aceleración de los planes de enseñanza —de siete millones de personas estudian 2.415.000—, y en la enseñanza primaria se ha llegado a un porcentaje de asistencia del 83,4% y los alumnos universitarios se cifran en 26.934, de los cuales 6.976 estudian con becas.

LA ALIANZA PARA EL PROGRESO COMO FORMA DE FRACASO

En un principio, y considerando las necesidades de América Latina, se pensó —para diez años— en una cifra de 20.000 millones de dólares. De esa suma, 11.000 corresponderían a los Estados Unidos —1.100 anuales, por lo tanto, a desembolsar por el Gobierno— y el resto a la inversión privada y a las aportaciones que otros países pudiera efectuar, singularmente los europeos.

La noble y valerosa intención de John F. Kennedy no pudo evitar una reacción en profundidad en los sectores norteamericanos que mayor influencia económica y social poseían en la región. Esos sectores acusaron al presidente de que aspiraba a "socializar" América Latina. ¿Por qué? Porque gran parte de la ayuda se canalizaba, en principio, a través de los Gobiernos. Otra acusación —de gran im-

portancia política— aparecía en el trasfondo: la resistencia de los grupos de presión a una política que aspiraba a soluciones "multilaterales". De cumplirse y estabilizarse el procedimiento, la influencia imperiosa derivada de los acuerdos "bilaterales" desaparecería. Por esas dos causas, la resistencia al Plan de la Alianza para el Progreso, en los Estados Unidos, tuvo una correspondencia paralela (en numerosos países latinoamericanos) en el empeño de sostener la misma presunción "bilateral". Esto implicaba convenios particulares (por encima de los presupuestos de reforma y de planificación global que el Plan de la Alianza, en principio, requería), que favorecían a las dos partes.

Por otro lado, los créditos propuestos fueron disminuídos paulatinamente, aun cuando el propio Comité de Comercio de la Alianza (constituído por los principales consorcios de inversionistas norteamericanos en América Latina), señalara —Documento Grace— en un importante y polémico informe, que el aumento anual del 2,5% del producto nacional bruto "per cápita" no podría obtenerse sin una ayuda de 2.500 millones de dólares anuales.

A su vez, el senador J. W. Fulbright, presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado, advertía al país —en un libro sobresaliente titulado "Viejos Mitos y Nuevas Realidades"— lo siguiente:

Una política destinada a aislar a Castro puede contribuir a su derrumbamiento, pero ni la caída del régimen castrista ni su aislamiento total resolverán los problemas de los Estados Unidos en América Latina. Estos problemas se agravan con Castro, pero no son creados por él. Han aparecido como resultado de un proceso de rápidos y profundos cambios en sociedades que se resisten, obstinadamente, a las modificaciones. Si Cuba, por lo tanto, se hundiera bajo el mar y Moscú se decidiera, repentina y milagrosamente, a retirar a todos sus agentes del Hemisferio Occidental, gran parte de América Latina continuaría agitada por la intranquilidad, el radicalismo y la revolución... (página 28, "Old Myths and New Realities", 1964).

La presión de los grupos, activamente dispuestos a impedir la ayuda multilateral, determinaron un decrecimiento de los créditos y una parálisis progresiva de aquéllos. No se cumplieron los planes de ayuda fijados inicialmente. Además, el sistema de concesiones económicas fue durísimamente impugnado por los ex-presidentes de Colombia y Brasil cuando la

Alianza para el Progreso les encargó la revisión y crítica de los dos primeros años del Plan Kennedy.

La modificación estructural de la Alianza no ha cambiado el signo de su primer fracaso, pero ha servido para evidenciar que la reconstrucción y la reforma tenía que brotar de los propios pueblos. De ahí que, por una ley de supervivencia, América Latina busque hoy en las fórmulas de cooperación supranacional

—Mercado Común Centro Americano y Asociación Latinoamericana de Libre Comercio— las medidas de supervivencia que entienden han de nacer, sin desprestigiar la ayuda, del interior de las propias sociedades. Sociedades que, actualmente, apenas si pueden con la carga de servicio de la deuda exterior. Deuda que era de 1.741 millones de dólares en 1950 y que ascendía a 9.100 en 1963. Un verdadero dogal de hierro que tiene que reintegrarse cada año o pagar un precio.

REGALOS DE BODA,

lo más nuevo y elegante
a precios razonables
los encontrará en

PARIS VOLCAN

San Salvador.

LIBROS

EDITORIAL "RAZON Y FE"
Madrid - España.

68143

"SAN IGNACIO DE LOYOLA".
por Jesús M. Granero s. j.

Un volumen de 22 x 17,5 cm.,
560 págs. Ptas. 400; tela 450.

Libro en el que el conocido Director de la revista de espiritualidad "Manresa", ofrece más que una historia su visión personal de la vida, la obra y el carácter de Ignacio de Loyola.

68147.

"LA HORA DE LOS LAICOS".
por Karel Vladimír Truhlar s.j.

Un volumen de 17 x 11 cm. 192
págs. Ptas. 90; tela 120.

Trata de la santidad de los laicos, según el Concilio Vaticano II.

68144.

"EL DON DE UNA CONQUISTA".
por Georges Auzou.

Un volumen de 22 x 14 cm.
2156 págs. Ptas. 190; tela 240.

Estudio de los problemas escriturísticos que plantea el Libro de Josué.

68149.

"EL PROLOGO DE SAN JUAN".
por M. E. Boismard.

Un volumen de 22 x 14 cm.,
228 págs. Ptas. 180; tela 230.

Estudio exegético y teológico del profundo prólogo que puso San Juan a su Evangelio.

68146.

"SIMPLE SACERDOTE".
Por Joseph Roge.

Un volumen de 19 x 12 cm.;
480 págs. Ptas. 200; tela 240.

Describe la formación y la experiencia de un sacerdote francés, a partir de su niñez. Libro lleno de fina observación.

68145.

"AMOR Y ANTICONCEPCION".
por el Dr. Paul Chauchard.

Un volumen de 20 x 14 cm.; 272
págs. Ptas. 165; tela 205.

No se trata de un catálogo sobre lo permitido y lo vedado. En este libro de la colección "Psicología. Medicina, Pastoral", el Dr. Chauchard explica una sexualidad responsable.

68148.

"EL MINISTERIO ESPIRITUAL".
por Otto Semmelroth.

Un volumen de 22 x 14 cm.; 328
págs. Ptas. 250; tela 300.

FAX, 1967.

Aunque abundan los buenos ensayos de una teología del laicado, escasean los estudios teológicos del ministerio espiritual. Esta es la tarea del nuevo libro de Semmelroth.

EDITORIAL "NOVA TERRA"
Barcelona - España.

68150.

"MANUAL DE INICIACION A LA SOCIOLOGIA RELIGIOSA",
1968.
por Joseph Laloux.

Un volumen de 22 x 16 cm.; 208
págs. Ptas. 180.

Análisis de las implicaciones sociológicas que afectan a la pastoral de hoy.